

Una América Latina en movimiento

Por Franck Gaudichaud

franck.gaudichaud@u-grenoble3.fr

Introducción general a F. Gaudichaud (dir.) *El Volcán latino-americano. Izquierdas, movimientos sociales y neoliberalismo en América Latina* (Textuel, Paris, 2008 – versión en español por parecer)

¿Una “edad de oro” latinoamericana?

“América Latina vive una primavera democrática”, aseguraba en una entrevista a fines del 2007, el teólogo de la liberación brasileño Frei Betto¹. “América Latina conoce una especie de edad de oro política, insiste el editorialista del periódico *Le Monde Diplomatique* Ignacio Ramonet. En el curso de su trágica historia, desde el inicio del siglo XIX, esta región jamás ha vivido un periodo de paz tan largo (sólo un conflicto subsiste, en Colombia) de prosperidad y, sobre todo de consolidación democrática²”. En el mismo sentido el politólogo francés Olivier Dabène afirma: “América Latina; esta vez, ha partido bien”. Según él, “este inicio de siglo XXI marca una verdadera ruptura. Por primera vez, en doscientos años de historia, América Latina se caracteriza por una mancomunidad de valores y de prácticas democráticas”, pero agrega: “sin embargo, la visión que tenemos sobre América Latina no debe ser sesgada. Es muy difícil para la región el salir del subdesarrollo y evitar los disfuncionamientos que caracterizan el sistema capitalista a escala mundial. Le es difícil, también, el romper con siglos de prácticas sociales desiguales y de desprecio hacia las culturas indígenas. Tampoco le es fácil afirmarse en la escena internacional, ya que conserva rasgos de dependencia económica³”. No obstante las esperanzas y las utopías recorren de nuevo la Patria Grande de Mariátegui o de José Martí y múltiples evoluciones dejan pensar que el horizonte está abierto para nuevas experiencias democráticas, ya que esta región del mundo constituye, desde el punto de vista de las movilizaciones colectivas y de la búsqueda de alternativas políticas, un espacio en plena efervescencia. Por cierto si elegimos titular este libro “El Volcán latinoamericano” no es con la intención de retomar un cliché gastado o exótico, sino para graficar este magma de resistencias que incuba bajo el relieve del modelo neoliberal y cuya ebullición podría desembocar en un nuevo ciclo de erupciones colectivas de una mayor amplitud. Sin embargo es necesario evitar erigir un panorama idílico o una imagen mítica de una América Latina unánimemente rebelde. Entonces, ¿qué es verdaderamente?

¿El fin del derecho de ingerencia del “Tío Sam”?

Entre los factores interesantes y que pueden empujarnos hacia el optimismo, se encuentra antes que todo esta impresión de una nueva independencia con respecto al gigante del norte. Los Estados Unidos de América que, desde el siglo XIX, proclamaron que América Latina era su patio trasero. Entonces, luego de un siglo de intervencionismo (notablemente en América Central y el Caribe), luego de su apoyo a múltiples dictaduras en nombre de la “doctrina de la seguridad nacional” y de la lucha contra el comunismo, ¿habrán terminado con su ingerencia en la región? Desde el fin de la guerra fría, el coto privado de caza latinoamericano ya no está entre las prioridades inmediatas de Washington. “Durante los años 90, los Estados Unidos aparecían como la única súper potencia, sus adversarios se habían esfumado: la izquierda radical había sido aplastada o neutralizada durante las dictaduras o las guerras civiles; Cuba estaba empantanada en su “periodo especial” y su crisis económica luego de la deserción de la URSS; América no plateaba ningún riesgo geopolítico. Sólo subsistían, en el rango de las amenazas no convencionales, la delincuencia, el tráfico de drogas y las migraciones⁴”. Desde la guerra del Golfo de 1991, y sobre todo desde el 11 de septiembre del 2001, el Pentágono tiene los ojos puestos en el Próximo y Medio Oriente. La importancia de los recursos humanos, militares y las centenas de millones de dólares movilizados en Irak acentúan innegablemente esta tendencia de la geoestrategia estadounidense.

Paralelamente, poco a poco la forma de dominación imperial se fue adornando de atributos de defensa de la democracia y mercado, alineándose bajo los preceptos del “Consenso de Washington” instruidos por el ultraliberal John Williamson: liberalización, privatización, desregulación y respeto de la propiedad privada⁵. George Bush padre, durante una conferencia del consejo de las Américas, el 2 de mayo de 1989, declaraba: “el compromiso por la democracia es tan sólo un elemento en la nueva asociación que preveo para las naciones de las Américas. Esta debe tener por objetivo la garantía de que la economía de mercado subsista, prospere y prevalezca”. Esta ha sido la línea seguida desde entonces: en vez de las intervenciones militares muy vistosas se prefiere una hegemonía económica y el despliegue de todo un

¹ Carlos Rivera Lugo, “América Latina vive una primavera democrática”, *Claridad*, noviembre 2007.

² “Amérique latine rebelle”, *Manière de voir*, *Le Monde diplomatique*, N° 90, enero 2007, p. 4.

³ O. Dabène (dir.), *Atlas de l'Amérique latine. Violences, démocratie participative et promesses de développement*, Autrement, Paris, 2006, p. 72.

⁴ JP. Marthoz (dir.), *Où va l'Amérique Latine ? Tour d'Horizon d'un continent en pleine mutation*, GRIP/Complexe, Bruselas, 2007, p. 39.

⁵ J. Williamson (dir.), *Latin American adjustment: how much has happened?*, Institute for international economics, Washington, 1990.

arsenal ideológico e institucional (como la Agencia Americana para el Desarrollo Internacional – USAID) vestida con los oropeles de la democracia y del “derecho de ingerencia humanitario”. De esta forma hay que responder de forma prudente a la pregunta: ¿Washington perdió América Latina⁶? Sin ninguna duda, los proyectos de Estados Unidos han sido obstruidos al sur del Río Bravo. Además de la aparición, en estos últimos años, de gobiernos con acentos nacionalistas o antiimperialistas, el proyecto de una Zona de Libre Comercio de las Américas (ALCA) lanzada por Bill Clinton en 1994, luego del Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte (ALENA) ha fracasado. Este vasto mercado, bajo el control del tío Sam, que debía entrar en vigor en el 2005, se enfrentó a la resistencia de los movimientos sociales (campaña continental contra el ALCA) pero también a las reticencias de los países más grandes del MERCOSUR y al rechazo de Bolivia y de la Venezuela bolivariana.

El gobierno de Estados Unidos (ya sea demócrata o republicano) ha continuado su política económica neocolonial, gracias a la multiplicación de los tratados bilaterales de libre comercio (TLC), con América Central, República Dominicana, Colombia, Nicaragua, Perú y antes con Chile. Como lo explica el sociólogo James Petras, “una comparación entre el periodo actual 2003-2006 y el de 1960- 1975, muestra que los Estados Unidos han sin duda reforzado su posición en América Latina a través de todas las formas posibles: regímenes neoliberales reemplazaron a los regímenes socialistas y nacionalistas en la región. El “nacionalismo” o el “socialismo” de hoy en América Latina no tiene nada que ver con los regímenes precedentes; ninguna expropiación importante de la propiedad estadounidense se ha realizado. Ningún régimen de centro-izquierda ha nuevamente nacionalizado las firmas extranjeras, incluso las que habían sido privatizadas en dudosas condiciones” (ver su artículo que aparece en este libro). Desde un punto de vista militar, la presencia yanqui, se ha diversificado, modernizado y adaptado al nuevo periodo luego del cierre de las bases de Panamá y Puerto Rico. Esto pasa por el proyecto de creación de una “fuerza militar sudamericana” influenciada por el Pentágono (especie de ALCA militar) o por la influencia omnipresente del Comando Sur del ejército de los Estados Unidos, hoy en día con base en Miami. El ogro del Norte participa activamente en la carrera armamentista de algunos países, entre los que se encuentran prioritariamente sus dos principales aliados estratégicos: Chile y Colombia. Como lo explica Jairo Estrada Álvarez, Colombia ocupa un sitio privilegiado en este dispositivo, en tanto que cuarto destinatario de la ayuda militar de los Estados Unidos a nivel mundial: “esta estrategia ha tomado sucesivas formas perfectamente articuladas: el plan Colombia, una guerra “contra insurreccional” disimulada en “guerra contra la droga”; el plan Puebla Panamá, con megaproyectos de infraestructura para unir, a través de corredores logísticos y biológicos, México y América Central; y la “Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Sudamericana” (IIRSA).

Por otra parte, la permanencia de algunas veleidades intervencionistas de los EE.UU. han sido ampliamente confirmadas luego de la tentativa de golpe de Estado, en abril 2002, contra el gobierno de Hugo Chávez⁷.

Por último, el texto de los economistas Cédric Durand y Alexis Saludjian subrayan con toda razón, que el periodo neoliberal está marcado por una expansión espectacular de la presencia de las multinacionales en América Latina y cómo esas firmas controlan en la actualidad una parte sustancial de las economías, contribuyendo a incrementar la integración de estos países en las cadenas productivas y financieras mundiales. Esto concierne evidentemente a las empresas estadounidenses, que han invertido no menos de 353 mil millones de dólares en América Latina y emplean un millón seiscientos mil personas⁸. Pero no debemos olvidar la política expansionista de la Unión Europea, primer inversor extranjero en América Latina (sobrepasando a los EE.UU.) e importante actor en los procesos de privatización-transnacionalización del sistema financiero o los intentos de privatización del “oro azul” (el agua)⁹. Esta expansión del capital transnacional tiene consecuencias no solamente sobre los sistemas políticos de la región, sino también efectos de destrucción ecológica y de desestructuración social inéditos por su amplitud.

El tiempo de la democracia... neoliberal

Efectivamente, los años de plomo de los Estados militares terroristas parecen pertenecer al pasado¹⁰. Y luego del asesinato de decenas de miles de personas, de centenas de miles de personas torturadas y de millones de exiliados políticos, no se trata de un simple progreso “formal” o de una evolución despreciable. Los recuerdos del aplastamiento de la revolución chilena (Chile-1973); del “Che” Guevara asesinado hace 40 años, con sus compañeros guerrilleros en Bolivia; los golpes de Estado contra los gobiernos democráticos (Arbenz en Guatemala 1954, el general Torres en Bolivia 1971 o Joao Goulart en Brasil 1964); de la guerra contrarrevolucionaria en Nicaragua (años 80), siguen estando presentes en la memoria colectiva latinoamericana. Ya que significaron una ola de terror de Estado y de coordinación de las dictaduras, apoyada por los EE.UU., en su caza a los oponentes¹¹.

⁶ J. Habel, “¿Washington perdió a América Latina?” in <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=60522>, diciembre 2007.

⁷ Eva Golinger, *El Código Chávez*, Fondo Editorial Question, Caracas, 2005.

⁸ Cifra extraída de J. Habel, “¿Washington perdió a América Latina?”, Op. Cit.

⁹ B. Mauro, “Les intérêts européens en Amérique latine” en “L'Amérique latine rebelle: contre l'ordre impérial”, *Contretemps*, Textuel, N° 10, Paris, 2004, pp. 75-85 y “Mythe et réalité du libre-échange: Amérique latine – Union européenne”, *France Amérique Latine Magazine*, N° 90, Paris, 2007.

¹⁰ Si bien, *a priori*, nada garantiza que las fuerzas armadas vayan a permanecer definitivamente en sus cuarteles. Para ser exactos, las fuerzas armadas todavía tienen un rol importante y, siguiendo lógicas ideológicas completamente opuestas, las encontramos en un primer plano del campo político en Colombia, Cuba y en Venezuela.

¹¹ F. Gaudichaud, *Operación Cóndor. Notas sobre el terrorismo de Estado en el Cono Sur*, Sepha, Madrid, 2005.

Este periodo oscuro todavía tiene consecuencias profundas en el espacio público ya que trastornó completamente las relaciones de fuerzas sociales y políticas anteriores. Las dictaduras de América del Sur, las guerras civiles de América Central y la represión y el clientelismo institucionalizados en Venezuela o en México permitieron a las elites locales (y a Washington) debilitar el espectro revolucionario que apareció en el continente luego de la Revolución Cubana de 1959. Sólo esta última ha sobrevivido en un contexto hostil, aislada políticamente, asfixiada por el bloqueo económico más largo de la historia contemporánea, y presa de ataques permanentes, como también de numerosas contradicciones internas. Desde este punto de vista, a 50 años de la entrada de Fidel en La Habana, después del derrumbe de su aliado soviético y frente a las dificultades en la vida cotidiana en la isla, la actual transición cubana marca ciertamente el comienzo de otra época para toda América Latina (ver el artículo de Janette Habel).

Desde finales de los años 80, el conjunto del subcontinente ha visto instalarse regímenes constitucionales, favorecidos por el cambio del contexto internacional, la amplitud de la oposición y la crisis económica.

Estas oleadas sucesivas de “transiciones democráticas” han engendrado, la mayoría de las veces, democracias llamadas de “baja intensidad”, resultados de un pacto entre las clases dirigentes y las fuerzas militares. Regímenes civiles basados en, por una parte, la profundización del modelo neoliberal, y por otra, en la más amplia amnistía a favor de los responsables de las violaciones de derechos humanos. Además, estas transiciones son las del “decenio perdido” y de la crisis de la deuda externa¹², durante la cual el Fondo Monetario Internacional (FMI) impuso a los Estados latinoamericanos los famosos “ajustes estructurales” (privatizaciones en cascada, falta de compromiso del Estado en las políticas públicas, restricciones salariales, etc.). Esta ofensiva del capital se acentúa en los años 90, ya que si bien las economías del subcontinente controlan una inflación permanente, lo hacen pagando el precio de una fuerte regresión social y de un incremento de la asimetría en las relaciones Norte-Sur. Según el economista argentino Claudio Katz, “entre 1980 y el 2003, el desempleo oficial pasó de un 7,2% a un 11%, el salario mínimo disminuyó en una media de un 25% y el trabajo informal creció entre un 36% a un 46%”. Paralelamente, la pérdida de posiciones de los capitalistas latinoamericanos en la escena internacional se ha confirmado, salvo algunas excepciones como Chile. Este retroceso se puede verificar en el estancamiento del PIB *per capita*, la caída de las inversiones extranjeras (en particular si se compara con China y el Sudeste asiático) y la aceleración del endeudamiento. En estas condiciones las fases de prosperidad cíclicas dependen cada vez más de la coyuntura financiera o comercial internacional¹³. Este análisis del año 2003, se confirma por el hecho de que esta mejoría que vive, desde hace algunos años¹⁴, América Latina está ampliamente determinada, no por un desarrollo autocentrado, sino por el claro aumento de los precios de ciertas materias primas en el mercado mundial (cobre chileno, petróleo venezolano o agrocombustibles brasileros y colombianos).

En la actualidad el sistema parlamentario y electoral es considerado por la mayoría de las élites como una forma de gobierno bastante funcional para rechazar la idea de recurrir a las Fuerzas Armadas.

Sin embargo, como lo subraya el politólogo Atilio Borón, las democracias latinoamericanas aparecen a menudo como instituciones puestas al servicio de una minoría privilegiada y del mundo financiero internacional (ver su artículo). A pesar de la utilización de todo un arsenal de léxico sobre la “buena gobernanza” y el respeto de la “governabilidad democrática”, una proporción importante de los ciudadanos se sienten engañados por gobiernos considerados como poco legítimos, cuando no son directamente denominados como regímenes nepóticos y corruptos (el caso por ejemplo de Arístides en Haití o de Menem en Argentina¹⁵). Esta contradicción entre neoliberalismo y democracia es central en la actual América Latina y constituye el hilo conductor de esta obra colectiva.

Por cierto esta tensión ha sido públicamente reconocida por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en un informe muy bien documentado sobre “la democracia en América Latina”: la tesis central que es defendida, es la de una evolución globalmente positiva de la región gracias a la existencia de “democracias electorales”, que responden a las normas internacionales. Sin embargo, este balance lamenta la ausencia de “democracias ciudadanas” y pone en duda la “calidad de la democracia” marcada por la debilidad de la participación electoral y múltiples déficit de cohesión social y étnica¹⁶.

En su informe sobre la “governabilidad en América Latina” (2005) la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) realiza una constatación similar, lamentando las disparidades estructurales, en la distribución de los ingresos, la permanencia de altos niveles de corrupción y el aumento permanente de la violencia. La FLACSO subraya que América Latina es la región del mundo donde la tasa de homicidios por armas de fuego es la más elevada¹⁷ y describe incluso la formación de Estados a la deriva o colapsados (*failed states*) que han perdido el monopolio de la violencia legítima frente a la multiplicación de redes criminales y del narcotráfico: donde la multiplicación de “espacios

¹² Deudas que para muchos, desde un punto de vista jurídico, pueden ser consideradas como « odiosas », ya que fueron contraídas durante dictaduras, por lo tanto por regimenes no electos. La deuda externa de América central y del Caribe era de 32 mil millones de dólares en 1970, de 257 mil millones en 1980 y esta sobrepasaba los 780 mil millones en el 2002. entre tanto, América Latina ha reembolsado 91 veces el monto que debía en 1970...

¹³ C. Katz en « L'Amérique latine rebelle : contre l'ordre impérial », *Contretemps*, Textuel, N° 10, Paris, 2004, p. 27.

¹⁴ Desde 2002, las economías latino-americanas han tenido una progresión de su PIB, que fue de más de un 5% en 2006.

¹⁵ La decepción de los latinoamericanos frente a sus sistemas políticos e institucionales es regularmente confirmada por los sondeos de opinión del *Latinobarometro*: www.latinobarometro.org.

¹⁶ Pnud, *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, 2004 en <http://democracia.undp.org>.

¹⁷ Es decir más de 16 homicidios por año, provocados por armas de fuego ligeras y 100.000 personas en promedio.

sin ley” donde reina solamente la ley del más fuerte¹⁸. Jean Paul Marthoz, del grupo de Investigaciones sobre la Paz y la Seguridad (Bélgica), resalta la dimensión del problema: “basta con hojear el informe de Amnistía Internacional o de Human Rights Watch para recordar que algunos países del continente poseen serios problemas de respeto de los derechos humanos. Cada año, periodistas, sindicalistas, defensores del medioambiente son asesinados. El Estado de Derecho dista mucho de ser respetado. La corrupción causa estragos socavando el contrato democrático y los grandes equilibrios económicos. La impunidad por los crímenes cometidos en la época de las dictaduras militares y de las guerras civiles es casi total. (...) la violación de los derechos humanos se ha privatizado cada vez más. Dos fenómenos carcomen al continente: el paramilitarismo y la delincuencia de derecho común¹⁹”.

Lo que igualmente preocupa a las instituciones es la permanencia de la “ingobernabilidad”, luego de las nueve crisis político-institucionales que han afectado a la zona entre 1995 y 2005, durante las cuales presidentes electos han debido renunciar o han sido destituidos. Estas crisis constituyen “el factor que erosiona la democracia, profundiza las diferencias económicas y sociales, contribuye a la discriminación de diversos sectores e, incluso, pone en peligro la cohabitación con los países vecinos²⁰”. Aquí abordamos uno de los límites de la visión tecnocrática de la democracia en su versión onusiana (en relación a la ONU), incapaz de identificar los orígenes de tales ataques de “ingobernabilidad”. Como los que se desarrollaron en Ecuador en 2005, en Bolivia en el 2003 y 2005, o en Argentina en el 2001, estos tambaleos institucionales son de hecho el resultado de la exasperación popular frente a un modelo económico y al abandono de la clase dirigente. De esta forma se produjeron la “guerra del agua” y la “guerra del gas” en Bolivia, y posteriormente la destitución del presidente Sánchez de Lozada, llevadas a cabo por el movimiento indígena, campesino y minero (ver el artículo de Hervé Do Alto). Al vincular automáticamente, democracia y aceptación de las reglas del mercado, al negarse a cuestionar, de fondo, el modelo neoliberal, estos análisis consideran como una “erosión de la democracia” la destitución de regímenes corruptos o toda irrupción de las movilizaciones colectivas en la lógica de apropiación privada de las riquezas nacionales.

Ya que para comprender esta ebullición sociopolítica, es necesario recordar que la región es, por excelencia, la de los antagonismos de clase, de género, socio-étnicas. Si ciertamente el subcontinente no es el más miserable de los países del Sur, es sin lugar a dudas el más injusto (con casos extremos como Brasil o Chile). La parte de las riquezas captada por el 10% de la población más rica está en constante aumento desde los años 80 y sus ingresos son 34 veces superiores a los del 10% de los más pobres. Los gobiernos actuales se muestran incapaces de luchar eficazmente contra este mal endémico: de 120 millones de personas que vivían bajo el nivel de pobreza en el año 1980, se ha pasado a 225 millones en la actualidad (43% de la población), mientras que casi 100 millones de estos viven con menos de un dólar por día. ¿Qué significa en este contexto hablar de “gobernabilidad democrática” para un habitante de las favelas de Río de Janeiro, para un haitiano cuyo ingreso promedio oficial es de 300 dólares anuales, para los sin tierra del nordeste brasileño, para un indígena mapuche, para la obrera de la maquiladora, el jornalero de una plantación en América Central o para un niño de la calle boliviano?

Si la observación puede parecer de una banalidad desoladora, esta debe llevarnos a reflexionar sobre el fracaso total del modelo de desarrollo “democrático” aplicado por las clases dirigentes latinoamericanas. Las desigualdades son tales que constituyen un elemento importante, pero no el único, de explicación de las resistencias continentales y del desplazamiento de los electorados hacia la izquierda. “Si las frustraciones nacidas de la democratización estrictamente formal del subcontinente, la pérdida de legitimidad de las formas tradicionales de representación política y el agotamiento de las recetas neoliberales no agotan la explicación de las causas que, encadenadas, van a llevar a importantes sectores de la población latinoamericana a movilizarse en las calles y en las urnas por el cambio, el conjunto indica de todos modos un contexto común para prácticamente todos los países de América Latina y favorable a la emergencia de manifestaciones de insatisfacción²¹”.

Las izquierdas latinoamericanas y el nuevo ciclo político regional

Desde 1998, y la elección de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela, esta dinámica social se ha traducido en el plano electoral a través de la multiplicación de poderes ejecutivos ganados por las organizaciones políticas que se reivindicaban de la izquierda o de centro izquierda. Destaquemos que esta etapa parece en parte confirmada por lo que el sociólogo brasileño Emir Sader ha llamado “el largo ciclo electoral”, que se extiende desde noviembre 2005 a enero 2007, con una serie de 12 elecciones presidenciales²². Recordemos que, además de la reconducción de Chávez en Venezuela, se observa la del ex sindicalista Lula (Luis Inacio da Silva) en Brasil, las elecciones de Tabaré Vázquez (líder del frente amplio uruguayo), del líder campesino Evo Morales en Bolivia, la victoria de Rafael Correa en Ecuador, Cristina Kichner en Argentina (que sucede a su marido) y últimamente Fernando Lugo en Paraguay. Sin ninguna duda, si podemos hablar de “viraje a la izquierda” es para observar que varias de estas elecciones se oponen a la unanimidad de derecha de los años 90, mientras que las movilizaciones imponen al poder el dar una mayor importancia a las desigualdades y el “izquierdizar” su discurso (el caso de Kichner en Argentina es muy claro en este sentido – ver el

¹⁸ Flacso, *La gobernabilidad en América Latina. Balance reciente y las tendencias a futuro*, 2005 en <http://www.flacso.org/informeseecretario.html>.

¹⁹ JP. Marthoz (dir.), *Op. Cit.*

²⁰ Flacso, *Op. Cit.*, p. 10.

²¹ B. Duterme (coord.), *Mouvements et pouvoirs de gauche en Amérique latine. Points de vue latino-américains*, Editions Syllepse - Centre Tricontinental, vol. XII, n° 2, Paris, 2005, p. 11.

²² Emir Sader, “El largo ciclo electoral latinoamericano”, *Agência Carta Mayor*, diciembre 2006.

artículo de Maristella Svampa) sin embargo no hay que olvidar que varios países importantes todavía son gobernados por la derecha. Es el caso de México con Felipe Calderón, donde las elecciones del 2006 tomaron un aspecto reaccionario: “Luego de haber apenas ensayado procesos democráticos luego de décadas de régimen autoritario, en México parece llegar la hora del quiebre temprano de las ilusiones democráticas, con el fracaso incuestionable del autollamado gobierno del cambio de Vicente Fox Quesada y de la restauración de los peores atributos y vicios del añejo régimen identificado con el Partido Revolucionario Institucional (PRI), pretendidamente derrotado en el 2000”. (ver el artículo de Arturo Anguiano).

El Salvador, Guatemala, Honduras confirmar su anclaje conservador, pero es también el caso del “rompecabezas colombiano” donde la reelección de Uribe Vélez (en el gobierno desde el 2002) ratifica “un empeoramiento de los rasgos autoritarios del régimen político con el proyecto de “seguridad democrática”, una intensificación de la guerra contra insurreccional bajo la forma de una intervención acrecentada del imperialismo estadounidense y una consolidación del proyecto económico neoliberal” (ver el artículo de Jairo Estrada Álvarez). De forma mayoritaria, ya sean de derecha o izquierda, los últimos gobiernos elegidos se han mantenido en una gestión económica respetuosa de la economía de mercado y en continuidad con la política de sus predecesores.

Por lo tanto es preciso, como lo hacen la mayoría de los especialistas desde hace un tiempo, moderar la imagen del “viraje a la izquierda”²³. No obstante un análisis general de los resultados confirma la erosión del campo conservador, como así también la apertura del espacio político. De esta forma, en el Perú Lourdes Flores (dirigente del Partido Popular Cristiano) no logró pasar a la segunda vuelta desplazada por un “outsider”: el nacionalista Ollanta Humala. En términos de geografía electoral, no es anodino que los votos de la izquierda se superpongan con las zonas más desfavorecidas: es el caso en el Perú con el voto masivo para Humala en los Andes; Lula en su segundo mandato fue ampliamente apoyado por el miserable nordeste brasileño (que fue beneficiado por el programa de asistencia “hambre cero”) y López Obrador, candidato desafortunado a la presidencia mexicana, dobló sus votos en los estados indígenas del Sur. Estos votos están más enraizados en los países donde la elección presidencial ha sido el resultado de años de rebeliones populares. Candidatos como el multimillonario Novoa en Ecuador fueron excluidos luego de las masivas acciones anti TLC; los Kichner lograron captar las consecuencias de la inmensa crisis de diciembre del 2001 y del “Que se vayan todos”; Morales en Bolivia es el producto puro del Movimiento al Socialismo (MAS) que se proclama “instrumento político” y a la vez “movimiento social”. No existe una verdadera homogeneidad en este proceso regional y es necesario hablar más bien de diversos sobresaltos frente a un modelo hegemónico en crisis, con la aparición de gobiernos de “izquierda”, que van desde el rosa deslavado a un antiliberalismo reivindicado plenamente, desde una izquierda social-liberal a fuerzas nacionalistas más radicales.

Así, frente a esta diversidad, por qué no refutar la idea de que existirían sólo “dos izquierdas”: una “moderna” o “reformista y social-liberal” (según los puntos de vista) que acompaña el neoliberalismo, como en Chile, Costa Rica, Uruguay y Brasil, y otra “populista y arcaica” o “radical antiimperialista”, encabezada por la Venezuela bolivariana, Ecuador y Bolivia²⁴. Marc Saint Upéry en una obra estimulante sobre “el sueño de Bolívar” propone abandonar el mito de las “dos izquierdas” propugnando más bien la lectura de las “mil izquierdas”: “no solamente éstas reflejan las diferentes realidades nacionales, sino que éstas se manifiestan a menudo en el seno de un mismo movimiento, de un mismo partido y de un mismo gobierno. Este carácter proteiforme justifica a veces los diagnósticos más contradictorios, desde la percepción de una ola revolucionaria en gestación hasta la constatación de una normalización democrática hecha de pragmatismo y de moderación”²⁵. En efecto, es indispensable resistir a los espejismos del reduccionismo analítico y a la tentación de un molde eurocéntrico erróneo, como el del sociólogo Alain Touraine, que llega a la conclusión de una América Latina condenada a debatirse entre el neoliberalismo y el populismo, ya que “incapaz de obtener lo que Gran Bretaña y otros países, incluyendo los Estados Unidos y Francia, han podido crear: algo que va más allá de la democracia política, pero que no la destruye y que incluso la fortalece, es decir una democracia social fundada en el reconocimiento, por la ley y la negociación colectiva, de los derechos de los trabajadores”²⁶.

Según el politólogo Steve Ellner, existirían tres grandes estrategias en el seno de la izquierda latinoamericana y que atravesarían a las mismas organizaciones²⁷. La primera es la de la “tercera vía”, social liberal, cuyo horizonte ya no sobrepasa el modelo económico existente. Esta opción actuó como un canto de sirenas en la mayoría de los partidos de izquierda que llegaron al gobierno en los últimos años. La segunda estrategia defiende la formación de frentes anti-neoliberales y una táctica de acumulación de fuerzas por la vía indirecta de los gobiernos locales (municipal, regional) y diversas estrategias electorales. Es la idea que defienden varios partidos comunistas latinoamericanos (y por la socióloga chilena Marta Harnecker) así como por el PT brasileño cuando se encontraba en la oposición. El objetivo anunciado es

²³ Ver : « Amérique Latine, le tournant à gauche ? », revue *Mouvements*, La Découverte, N°47-48, Paris, 2006 y « Amérique latine, en bas à gauche », *Vacarme*, N°35, Paris, 2006.

²⁴ Para ver la interpretación liberal y conservadora de las dos izquierdas: Jorge Castañeda, « Latin America's left turn », *Foreign Affairs*, New York, mayo-junio 2006 ; para ver un análisis marxista: François Sabado, « Lula et Chávez en Amérique latine ; la polarisation », 10 marzo 2005 in <http://risal.collectifs.net/spip.php?article1280>.

²⁵ M. Saint-Upéry, *Le rêve de Bolivar. Le défi des gauches sud-américaines*, La Découverte, Paris, 2007, p. 9 y p. 291-297 (edición en español en editorial Paidós – Madrid, 2008).

²⁶ A. Touraine, “¿Entre Bachelet y Morales existe una izquierda en América Latina?”, *Envío*, diciembre 2006 (in www.rebellion.org). Ver la respuesta de Raul Zibechi: “El irresistible encanto de lo simple. Intelectuales del Norte opinando sobre el Sur”, ALAI, abril 2007 (in <http://alainet.org>).

²⁷ S. Ellner, B. Carry, *The Latin American left : from the fall of Allende to Perestroika*, Westview Press, 1993 y J. Petras, “La izquierda devuelve el golpe”, abril 1997 (in www.rebellion.org/petras/petrasindice.htm).

constituir un bloque social amplio, que incluya además de los sectores populares, la pequeña y mediana burguesía²⁸. Por último, esta constituye la última estrategia, otros reivindican todavía la finalidad del socialismo y una política rupturista, anticapitalista y antiimperialista, que nace, antes de todo, de las luchas sociales. Esta voluntad es compartida en Brasil por el novísimo Partido Socialismo y Libertad (PSOL), que es dirigido por militantes excluidos del PT, como así también en el resto del continente por una multitud de militantes políticos o sindicalistas “clasistas” (en Venezuela, por ejemplo, por la Unión Nacional de Trabajadores).

Indiscutiblemente, los principales partidos institucionales de izquierda son, en la actualidad, mayoritariamente centristas y han abandonado sus referencias revolucionarias. Desde 1990, varias organizaciones entraron en un claro proceso de social-liberalización, lo que algunos considerarán como una demostración de madurez, desembocando finalmente en Nicaragua en lo que es hoy en día el gobierno “sandinista” de Daniel Ortega. Esta nueva vía ha encontrado su traducción lógica en el “Foro de Sao Paulo”, que reagrupa a los partidos que se reconocen en esta estrategia²⁹. Uno de los paradigmas de este fenómeno – visible a escala planetaria- son los 18 años de gobierno neoliberal de la “Concertación” en Chile, tendencia ampliamente confirmada por la actual presidenta Michelle Bachelet (ver el artículo sobre este tema). Lo que Atilio Borón llama “la maldición del posibilismo conservador”³⁰ ha atacado incluso a uno de los partidos obreros más importantes del planeta: el Partido de los Trabajadores brasileño (PT). Presentado por Washington, durante un tiempo, como un peligroso activista debido a su pasado de sindicalista anticapitalista, el presidente Lula se ha convertido en el preferido de los medios financieros y del agronegocio. Al parecer “la mosca azul del poder” que nos describe Michael Löwy, en su artículo, logró exitosamente su trabajo de desgaste. Incontestablemente, esta deriva es producto de una lenta transformación del PT, que se ha extendido por más de 20 años, y si en este país continente, novena economía planetaria, la izquierda se muestra incapaz de poner en marcha alternativas, no es demasiado sorprendente apreciar que se repite el mismo escenario en otros pequeños países. Fue el caso en Ecuador con Lucio Gutiérrez, que ilusionó al movimiento indígena, hasta que fue depuesto por una rebelión de las capas medias empobrecidas: al parecer el gobierno de Rafael Correo parece haber sacado las lecciones de esta experiencia (ver los artículos de Maurice Lemoine y de Eric Toussaint). En Argentina, M. Kichner, calificado de “centro-izquierda” desarrolló una gestión conservadora disfrazada (ver el artículo de Maristella Svampa). En Uruguay, el Frente Amplio ha mostrado signos agudos de “lulización”, mientras que áreas esenciales como la reconquista del agua potable, en tanto que bien público, han sido abandonadas poco a poco en beneficio de las grandes multinacionales. Son estas constataciones las que hicieron escribir a un periodista del Wall Street Journal, que si la izquierda está nuevamente en ascenso en América Latina, es a menudo con “nuevos ropajes conservadores”³¹. El ex presidente uruguayo, Julio María Sanguinetti, afirma que “en lugar de un viraje hacia la izquierda, de hecho asistimos a un desplazamiento laborioso, contradictorio, resignado, hacia el centro”³².

La única forma de comprender a los gobiernos actuales es pasarlos por el tamiz de la crítica con, más allá de los discursos, el único criterio de sus prácticas reales. Es conveniente descifrar su base social, su relación con las clases dominantes y con el imperialismo. Según Immanuel Wallerstein, es necesario tomar en cuenta particularmente su posición con respecto a Washington. Por otra parte, según el sociólogo estadounidense, actualmente existen tres cuestiones cruciales que permiten diferenciar a los ejecutivos³³. Para comenzar, la cuestión de la reforma agraria y de la guerra al latifundio. Como lo recuerda Hélène Roux, se trata de una importante problemática en el momento actual de explosión del mercado de los agrocombustibles, de una reactivación de las luchas campesinas y de la necesidad de la puesta en marcha de políticas audaces que permitan la participación de los productores en la organización de la producción y la consolidación de la soberanía alimenticia. Enfrentado a la cuestión el gobierno de Lula renegó de sus promesas de llevar a cabo una distribución importante de tierras. En consecuencia, el poderoso Movimiento de los Sin Tierra (MST) ha ido tomando progresivamente sus distancias respecto al Partido de los Trabajadores, renovando al mismo tiempo su voto a Lula, que es considerado como un mal menor frente a una derecha arrogante. Segundo tema esencial, el control de los recursos naturales (petróleo, gas, minas y también el agua y la biodiversidad). Las actuales políticas del gobierno venezolano y boliviano en estos ámbitos son mucho más consecuentes que las de sus vecinos, permaneciendo al mismo tiempo conformes a la ley del mercado y bastantes moderadas con respecto a las nacionalizaciones antiimperialistas de los años 70. Por último, la cuestión de los derechos de los pueblos indígenas. Efectivamente se puede constatar un nuevo “color del poder” en la región y verdaderos avances democráticos en la materia, ya sea en el plano institucional o del status social. Gracias a movimientos pioneros como la confederación de naciones indígenas de Ecuador (CONAIE), las relaciones coloniales y etnosociales tradicionales han sido cuestionadas en beneficio de una dignificación y el reconocimiento del rol protagónico de los pueblos indígenas³⁴. En este caso, basta con comparar la criminalización sistemática de las luchas del pueblo mapuche llevada a cabo por la “socialista” Bachelet, las dificultades de la izquierda mexicana para entenderse con los zapatistas o los avances históricos en Bolivia y Ecuador, para entender la diversidad de las izquierdas en el gobierno.

²⁸ M. Harnecker, “Sobre la estrategia de la izquierda en América latina”, octubre 2004 (in www.rebellion.org/docs/5771.pdf) y *La izquierda después de Seattle*, Madrid, Siglo XXI, 2001.

²⁹ Encontramos entre otros a: los sandinistas, el FMLN, el PT de Brasil, el Frente Amplio de Uruguay, la Causa R de Venezuela, el Partido Revolucionario Democrático mexicano.

³⁰ A. Borón, “La izquierda latinoamericana a comienzos del siglo XXI”, OSAL, Nº 13, agosto 2004.

³¹ D. Luhnow, “Latin America’s left takes pragmatic tack”, *Wall Street Journal*, 3 febrero 2005.

³² Citado por JP Mathoz, *Op. cit.*, p. 29.

³³ I. Wallerstein, “How Has Latin America Moved Left?” diciembre 2006 in <http://www.alterinfos.org/spip.php?article708>.

³⁴ M. Saint-Upéry, *Op. Cit.*, pp. 191-248.

Una vez hecho el análisis, se evidencia la existencia de tres variantes de regímenes latinoamericanos en este inicio de siglo XXI. Del lado de la alternativa conservadora neoliberal y pro-estadounidense defendida por Uribe en Colombia, encontramos un segundo bloque de países que no coinciden plenamente con los Estados Unidos (como Brasil, Uruguay y Argentina) que defienden algunas posiciones de autonomía parcial de la burguesía local y están más bien orientados hacia la centro-izquierda. Y finalmente, un último bloque aparece, que oscila entre nacionalismo radical y neo-desarrollismo, con poderes que se oponen en múltiples puntos al imperialismo y a la oligarquía local y que están conferidos de importantes niveles de participación popular (esencialmente Venezuela, Ecuador y Bolivia³⁵). Sin embargo, entre estas tres variantes de regímenes, las posiciones de los gobiernos frente a diversos temas puede fluctuar en función de la relación de fuerzas a nivel internacional e interna: el gobierno chileno o peruano aparecen sobre varios aspectos más cercanos al primer grupo que del segundo, o el gobierno de Evo Morales a veces tiende a cercarse más a la centro izquierda que al nacionalismo radical y algunas veces histriónico de Hugo Chávez.

El regreso de las utopías emancipadoras y el “socialismo del siglo XXI”³⁶.

Desde la caída del muro de Berlín, el derrumbe de la mayoría de los regímenes comunistas autoritarios y el fracaso de varias experiencias revolucionarias, varios políticos e intelectuales incluso enterraron la idea de una posible transformación radical de las sociedades latinoamericanas, para ellos el horizonte de la democracia liberal se habría convertido en algo infranqueable. Sin embargo, el mismo año en que Jorge Castañeda publicaba su obra “La utopía desarmada³⁷”, el grito ¡ya basta! de los neozapatistas de Chiapas resonaba en la selva lacandona, anunciando su oposición a la integración neoliberal del ALENA y apostaban por una renovación de las resistencias que debía conjugar democracia social y política, igualdad y diversidad con el fin de construir “un mundo donde quepan todos los mundos”. Se trata, según las palabras del subcomandante Marcos, de rechazar la uniformidad de la mercantilización globalizada, respetar las identidades indígenas, sin olvidar el internacionalismo³⁸. Sobre la marcha, la región se convirtió en un faro del movimiento altermundialista con la organización de los primeros Foros Sociales Mundiales, contra cumbres que se alzan frente a los poderosos del foro económico de Davos³⁹. Nuevamente América Latina pone en marcha varios laboratorios de experiencias democráticas, esencialmente a nivel local, desde comedores populares autogestionados hasta los ensayos de presupuesto participativo municipal (particularmente en Porto Alegre) de esta forma, y para retomar la esperanzadora expresión de Pierre Mousterde, para una parte de los militantes latinoamericanos “la utopía no se deja vencer” y el fin de la historia no será mañana. Existen en la actualidad importantes movimientos que se abocan, contra viento y marea, a reinventar lo posible e insisten sobre el hecho que sólo las batallas perdidas por adelantado son las que no se dan⁴⁰... No obstante, en este caso también hay que cuidarse de las falsas apariencias, ya que las diferentes caras del autoritarismo latinoamericano siguen estando presentes: bajo la forma de una criminalización de los movimientos sociales (por ejemplo el sindicalismo en Colombia), de una profundización del paradigma neoliberal en algunos países (América Central), una tendencia al cierre del espacio público en nombre de la “seguridad ciudadana” (Chile y México entre otros) y a través de una militarización de múltiples territorios. Estas limitaciones no han logrado impedir la expresión de radicalidad de las movilizaciones colectivas, lo que, combinado a los llamados al “socialismo del siglo XXI” hechos por dirigentes como Hugo Chávez, inquietan de manera particular a las élites locales y al mismo tiempo a Washington.

Las grandes revueltas populares en Argentina, Ecuador, Bolivia y Panamá, la inestabilidad crónica de los gobiernos neoliberales, la multiplicación de las luchas contra las privatizaciones, contra la degradación del medioambiente, contra la expansión de las transnacionales o los TLC, los medios de comunicación comunitarios venezolanos, el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil o los Consejos de buen gobierno zapatistas han abierto una larga onda de luchas de clase⁴¹. Es interesante observar que este despertar es común al conjunto de los países del Sur y que este acompaña una dinamización de las sociedades civiles a nivel mundial⁴². En Latinoamérica es un verdadero mar de fondo que se ha extendido sobre la región y de forma particular bajo la forma de “nuevos movimientos sociales”. Entre estos actores hay que considerar al movimiento feminista, que busca reorganizarse luego de un periodo de fuerte crecimiento e institucionalización. “Es un hecho que el endurecimiento y la reorganización de las relaciones sociales de sexo, de “raza” y de clase, obligan a profundizar continuamente el análisis y a proponer nuevas estrategias de organización. Las

³⁵ Ver « Luttés sociales et perspective politiques en Amérique latine » in « L'Amérique latine en lutte. Hier et aujourd'hui », *Actuel Marx*, PUF, N°42, Paris, 2007, pp. 10-24 y C. Katz, « Gobiernos y regímenes en América Latina », 23 marzo 2007 in <http://lahaine.org/index.php?p=21498>.

³⁶ Esta parte retoma algunas ideas expuestas en: F. Gaudichaud, “El volcán latinoamericano. Apuntes y realidades de las izquierdas al sur del río Bravo”, agosto 2005 in <http://rebellion.org/noticia.php?id=20451>

³⁷ J. Castañeda, *Utopía Unarmed*, Vintage Books, 1994.

³⁸ Gloria Muñoz Ramírez, *EZLN: el fuego y la palabra*, Tinta y Limón ediciones, Argentina, 2004.

³⁹ Sobre la historia de los foros sociales mundiales: C. Whitaker, *El desafío del Foro Social Mundial: un modo de ver*, Icaria editorial, Barcelona, 2006.

⁴⁰ P. Mouterde, *Quand l'utopie ne désarme pas*, Ecosociété, Montréal, 2002.

⁴¹ Ver los trabajos del Observatorio Social de América Latina: www.clacso.org.ar/difusion/secciones/osal.

⁴² F. Polet (coord.), *Etat des résistances dans le Sud – 2008*, Editions Syllepse - Centre Tricontinental, vol. XIV, n° 4, Paris, 2007.

reflexiones y las luchas de muchas latinoamericanas y caribeñas, a pesar de las dificultades que deben afrontar, son particularmente útiles para analizar la mundialización neoliberal y contemplar alternativas radicales” (ver artículo de la socióloga Jules Falquet). Otro agente colectivo que se ha convertido en ineludible: el movimiento indígena. La historia social de América Latina de estos últimos 20 años ha estado marcada por la emergencia y la persistencia de las movilizaciones indígenas en el primer plano del escenario sociopolítico de la región. Según el texto de Bernard Duterme: “los nuevos actores contestatarios indígenas reivindican una democratización profunda (descolonización) de los Estados y estigmatizan el sistema económico dominante. Si la justicia social sigue siendo la finalidad última, a partir de ahora, su búsqueda se fundamenta en la responsabilización del poder, el reconocimiento de las diversidades y la revalorización de la participación. Estos movimientos manifiestan, por parte de la gente que les da vida, una voluntad de emancipación, de apropiación y de manejo de la modernidad”.

Con este libro colectivo, invitamos al lector a intentar comprender estas fuerzas que han emergido y que han hecho nacer una crítica renovada del capitalismo, como así también, nuevas formas de organización. De hecho, los repertorios de acción colectiva utilizados son particularmente interesantes, con un énfasis especial sobre la autonomía, la horizontalidad y a veces la autogestión. Podemos tomar el ejemplo de las organizaciones barriales de El Alto en las alturas de la capital boliviana, La Paz, la increíble combatividad de la comuna de Oaxaca en México o la de algunos Consejos Comunales de Caracas, que llaman a un reforzamiento del “poder popular”, negándose, al mismo tiempo, al control burocrático de sus actividades por parte del Estado. Citemos también la enorme cantidad de cooperativas de producción o incluso la centena de empresas recuperadas por sus trabajadores en una decena de países: la empresa de aluminio ALCASA en Venezuela o la fábrica de cerámicas Zanon en Argentina, éstas han sobrepasado los límites de la cogestión impulsando en paralelo la multiplicación de las formas de participación.

No obstante, para nosotros, la idea de un movimiento social ideal y completamente nuevo, es remota. En primer lugar porque los diferentes procesos de movilización están atravesados por múltiples divisiones, ya sea en sus lógicas y sus resultados. Incluso algunos se orientan más bien hacia el corporativismo y el clientelismo que hacia el progresismo. En la mayoría de los casos las posiciones “antisistémicas” son, por otro lado, minoritarias⁴³. Y cuando estas logran llegar a niveles de movilización histórica, son frecuentemente empujadas al fracaso por las instituciones: en Costa Rica, a pesar de un movimiento ciudadano sin precedentes, el referendo de octubre 2007 logró una mínima mayoría a favor de un desastroso tratado de libre comercio de América Central (CAFTA). Ya que esta dinámica es el resultado de una articulación entre un pasado de movilizaciones (esencialmente las del movimiento sindical en crisis) y un presente, donde el origen común de las resistencias es, como lo fue ayer “el conflicto directo e indirecto, con la materialidad de las relaciones de poder y dominación⁴⁴”. Por último, a contrapelo de las teorías “movimientistas”, una de las interrogantes que se plantea (no siempre asumida) sigue siendo la de las relaciones, algunas veces conflictivas, entre el espacio de los movimientos sociales y el campo político. Evidentemente este vínculo plantea el problema de la cooptación política de los movimientos, el del acompañamiento consciente o inconsciente, el de las agendas institucionales y gubernamentales (Cf. Las relaciones ambiguas del gobierno brasileño con los militantes del PT provenientes del movimiento social). En un continente donde la historia está marcada a fuego por los caudillismos, los caciquismos y otros “populismos”, esta reflexión sigue siendo vigente. En este sentido, reflexionar sobre el populismo y el “neopopulismo” significaría entrar en el debate, inacabado por cierto, de su definición. Ya que, según los diversos autores, en esta definición caben gobiernos radicalmente diferentes como el de Hugo Chávez, el de Lula o el de Álvaro Uribe. Sólo podemos constatar que este adjetivo es utilizado sobretodo en los medios de comunicación dominantes y en los medios académicos como una palabra “mágica” o un nuevo “demonio”, destinado a desacreditar, a través de un escaso esfuerzo intelectual, todo lo que pudiese menoscabar el orden establecido o lo que pueda significar un cierto grado de radicalidad política. Marc Saint Upéry, frente a la confusión que rodea esta noción, ¡incluso ha llamado a una moratoria internacional para la palabra “populismo”!. Otros autores, al contrario, la reivindican bajo una perspectiva más bien positiva frente a los tormentos del neoliberalismo. Es el caso del politólogo Ernest Laclau, para quien el “populismo” pondría en juego “el verdadero desafío para el futuro democrático de las sociedades latinoamericanas: crear Estados viables, que pueden serlo sólo si el momento vertical y el momento horizontal de la política llegan a un cierto punto de integración y equilibrio”. Al contrario de numerosas opiniones, Laclau piensa que la ruptura populista puede significar también democratización, cuando esta permite el reemplazo de “la canalización puramente individual de las demandas sociales” (según él, el caso del proceso venezolano). Sin embargo, una interrogante legítima es “saber si no hay un momento de tensión entre el momento de la participación popular y el momento del líder, si el predominio de este último no puede llevar a la limitación de la primera⁴⁵”. Además, en un contexto regional donde la tradición presidencialista de los regímenes se refuerza, el elogio al populismo evacua la interrogante sobre el respeto de la autonomía de los movimientos sociales y se reivindica de la noción que dice todo y nada de “pueblo”, que diluye los

⁴³ Según Immanuel Wallerstein, “un movimiento es antisistémico porque constata que ni la libertad ni la igualdad pueden ser una realidad en el sistema existente y que es necesario transformar el mundo para que estas lo sean” (*Le Grand tumulte ? Les mouvements sociaux dans l'économie-monde*, Paris, La Découverte, 1991, p. 36).

⁴⁴ Hernán Ouviaña en *Mouvements et pouvoirs de gauche en Amérique latine*, Op. Cit.

⁴⁵ Ernesto Laclau, “La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana” in *Nueva Sociedad*, N° 205, Caracas, septiembre/octubre 2006 in http://www.nuso.org/upload/articulos/3381_1.pdf.

antagonismos sociales en curso, pero “explicitar el universo de clase es vital en la actual coyuntura latinoamericana porque los diferentes proyectos que están en debate, el neoliberal, neodesarrollista y radical antiimperialista, expresan intereses de clase que deben ser aclarados. Cada una de estas ideas sostiene proyectos muy diferentes de renovación de las plutocracias actuales o de construcción de un nuevo sistema político⁴⁶”.

La última parte de este libro invita precisamente a reflexionar sobre las alternativas posibles en el momento donde la cuestión estratégica del “socialismo del siglo XXI” se encuentra nuevamente en discusión y donde los intelectuales orgánicos del neoliberalismo ya no gozan de una dominación casi absoluta de las mentes. Tanto la crisis electoral mexicana como la insurrección argentina del 2001, han confirmado que, ni la rebelión sin proyecto político, ni la simple táctica electoral han sabido constituirse en una respuesta a los desafíos neoliberales. De ahí la importancia de los debates en torno a la problemática del “poder”. Algunos integrantes de la izquierda social, inspirados por el neozapatismo, las teorías de Tony Negri y en parte por el movimiento altermundialista, piensan que se puede “cambiar el mundo sin tomar el poder”. Es también lo que proclama el intelectual inglés John Holloway⁴⁷. Privilegiando los contra-poderes provenientes de la sociedad civil y rechazando toda forma de delegación, de pertenencia partidaria o de participación institucional, esta teoría genera polémica. Si bien es cierto que se trata de una reacción comprensible contra las actitudes a menudo verticalistas o autoritarias de los partidos tradicionales. Pero, ¿cómo se puede pretender cambiar el mundo sin organizarse políticamente y eludiendo la cuestión crucial del Estado? Si bien existe de forma clara y evidente una distancia entre el campo de lo político y el espacio de los movimientos sociales, precisamente, ¿no sería la articulación entre los dos que estimularía la edificación de alternativas? Por cierto, luego de veinte años de construcción de una autonomía indígena ejemplar, pero también frente al aislamiento y a la represión del poder central, la Sexta declaración del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (2005) reconoce la necesidad de una unión de los indígenas “con los trabajadores de las ciudades y del campo” y llaman a la elaboración “de un programa nacional de lucha, claramente a izquierda, verdaderamente anticapitalista y verdaderamente antiliberal”.

En esta discusión, que en el momento actual es continental, la revolución cubana sigue siendo un símbolo incontestable frente a los ojos de muchos latinoamericanos, ya que el régimen cubano ha sido, durante decenios, el único poder que ha continuado reivindicando el socialismo y que ha conservado una herencia que hoy en día renace.

No obstante, las realidades del socialismo en la isla parecen bien lejanas del ideal inicial, y la necesidad de reinventar la democracia conservando al mismo tiempo las conquistas sociales es urgente (Cf. artículo de Janette Habel). En cuanto al proceso bolivariano venezolano, este ha ido acumulando originalidades: “al principio de su gobierno, Chávez hablaba de la necesidad de combatir el “neoliberalismo salvaje” y de construir un capitalismo humano; una “tercera vía venezolana”, como solución a la profunda crisis socioeconómica que atravesaba el país. Sin embargo la fuerte reacción provocada por las medidas de su gobierno al interior de la burguesía nacional y de sus aliados en los Estados Unidos radicalizó el proceso venezolano a tal punto que a inicios del 2005, Chávez expuso su rechazo categórico del capitalismo como modelo para Venezuela y habló de la necesidad de crear un “socialismo del siglo XXI” (ver artículo de Edgardo Lander y Pablo Navarrete). A falta de un poderoso movimiento obrero organizado, el presidente de Venezuela se ha apoyado en algunos sectores de las Fuerzas Armadas y una fracción de las clases pobres. A pesar de las maniobras de Washington, el gobierno ha acumulado los triunfos electorales y un programa de urgencia social que ha dado sus frutos.

No obstante, el fracaso del referendo del 2 de diciembre del 2007 y las tendencias bonapartistas del chavismo permiten constatar que “el pueblo, prácticamente sometido a un chantaje político (escoger entre Chávez y Bush) dio prueba de autonomía y capacidad para manifestar, a través de la abstención, un estado de malestar y hacer sonar la alarma, sin por ello pasar a la oposición o poner en peligro el proyecto de cambios” (idem). En Ecuador y Bolivia, los procesos constituyentes de 2007-2008 deberían permitir hacer avanzar la democratización en curso, a pesar de las dificultades como la polarización social y la presencia de oligarquías listas para fomentar la secesión territorial y etnosocial. Hervé Do Alto, gracias a un largo trabajo de terreno, nos explica esta ardua refundación de Bolivia y la aparición de una compleja arquitectura del poder, “entre participación y caudillismo”. Como en Ecuador o en Venezuela, estos procesos están confrontados a dos opciones contradictorias. La primera, neodesarrollista, postula una especie de keynesianismo latinoamericano (llamado “capitalismo andino” por el vicepresidente boliviano Álvaro García Linera) y una reanudación con las antiguas perspectivas “etapistas” de la izquierda latinoamericana⁴⁸. La segunda, de un socialismo democrático, da la prioridad al movimiento popular en la definición de las políticas económicas y sociales, radicalizando en un proceso permanente las reformas gubernamentales, particularmente en lo que concierne a los medios de producción y el cuestionamiento del poder del capital.

⁴⁶ C. Katz, “Estrategias socialistas en América Latina”, *Revista Viento Sur*, N° 94, España, enero 2007.

⁴⁷ J. Holloway, *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Viejo Topo, Madrid, 2002.

⁴⁸ La teoría “etapista”, defendida por los partidos comunistas, postulaba el desarrollo de una revolución por etapas, con una primera fase de alianza con la (mal) llamada “burguesía nacional” y el desarrollo del capitalismo, que luego conduciría hacia una etapa socialista.

Este dilema tiene numerosas implicaciones en términos de geopolítica regional. Con el previo rechazo del ALCA (Área de libre Comercio de las Américas) y por lo tanto del proyecto de competencia neoliberal bajo la égida de los Estados Unidos, la discusión sobre la integración latinoamericana encuentra un notable auge. La nueva situación sociopolítica ha dado nacimiento a un eje Caracas – La Habana – La Paz, al mismo tiempo que se acentúan las líneas de fracturas políticas en toda América Latina. En diciembre 2004, Fidel Castro y Hugo Chávez firmaron un acuerdo que promueve un importante intercambio de recursos entre los dos países. Este acuerdo se inscribe en el marco de la “Alternativa Bolivariana para las Américas” (ALBA), destinada a extenderse hacia otros países. Esta política internacional no solamente da una bocanada de oxígeno al pueblo cubano. Venezuela, con un liderazgo en incremento y gracias a una petro-diplomacia ofensiva, intenta de esta forma tomar su distancia con los Estados Unidos, establecer lazos de Sur a Sur (en especial con Brasil y Argentina) y favorecer el gran sueño bolivariano de una integración latinoamericana. Es lo que detalla el investigador Thomas Fritz, quien recuerda que el alejamiento del dogma neoliberal se confirma también por los “Tratados de comercio de los Pueblos”, introducidos por Bolivia. Sin embargo, si bien este último país y Venezuela han rechazado los tratados de libre comercio con los EE.UU., estos dos países negocian, al mismo tiempo, con la Unión Europea (en el marco de su pertenencia a la CAN y el MERCOSUR) tratados, en los cuales los principios de competencia están en abierta contradicción con las ideas del ALBA. Podemos percibir las tensiones al momento de fundar un gran Banco del Sur. Eric Toussaint, reconocido especialista de la cuestión, señala que “la relativa abundancia de reservas de intercambio de las que disponen los gobiernos de la región y el impasse en la utilización actual de estas, beneficia al presidente Hugo Chávez, quien propone desde 2006 la creación de un Banco del Sur”. En febrero 2007, Argentina y Venezuela anunciaron el lanzamiento de este organismo financiero de nuevo tipo. Rápidamente se les aliaron Bolivia, Ecuador, Paraguay, Brasil, Bolivia, y en un corto plazo, Uruguay. Esta banca tendrá por función financiar el desarrollo en la región, prescindir del FMI creando un fondo monetario de estabilización y tal vez, una moneda única. Pero, por el momento, el proyecto parece más cercano a la óptica del Mercado Común del Sur que del ALBA (por cierto, la iniciativa no incluye a Cuba). Esto a pesar de que el problema de la deuda pública parece lejos de estar resuelto.

Finalmente, el panorama de esta América Latina en movimiento nos devela todo un abanico de enriquecedoras experiencias de lo “posible”, pero a la vez salpicadas de tropiezos y contradicciones. Chico Whitaker, cofundador del Foro Social Mundial, nos insiste sobre la riqueza de la ebullición colectiva que atraviesa al subcontinente, pero también sobre el camino que queda por recorrer: “estas iniciativas, que componen un mosaico abigarrado de muestras de lo que podría ser la sociedad por la que luchamos, todavía no han adquirido una visibilidad o un peso suficiente en la sociedad. Vistas en su conjunto, estas no son suficientemente conocidas por la mayoría, a la cual no tocan directamente y que no logra creer que otro mundo es posible⁴⁹”.

El objetivo de este libro colectivo es, precisamente, otorgar al público un acercamiento claro y sintético del estado de las resistencias al neoliberalismo en América Latina, pero también una explicación de los principales desafíos actuales e igualmente elementos de reflexión sobre la construcción de alternativas posibles. Así, se trata de dar la palabra a universitarios e intelectuales “críticos”, provenientes de diversos campos científicos y corrientes de pensamiento, ya sea latinoamericanos, europeos o estadounidenses. El lector encontrará en las siguientes páginas el análisis de veinte autores de diez nacionalidades diferentes y que viven de los dos lados del Atlántico. En este conjunto pluridisciplinario, hemos deseado combinar lecturas transversales, continentales con enfoques país por país, acompañados de una orientación bibliográfica “para poder ir más allá”. De esta forma nos proponemos pensar colectivamente a América Latina en este inicio del siglo XXI, con la ambición de ayudar a comprender el presente y descifrar los procesos sociales y políticos que se avecinan.

Para comprender mejor la América Latina actual:

Selección de textos generales en español

- *Agencia Latinoamericana de Información, América Latina: Riqueza privada, pobreza pública, Quito, enero 2009* (in <http://alainet.org/publica/riqueza/>).
- *Broederlijk Denle, Agencia Latinoamericana de Información, Territorios y recursos naturales: el saqueo versus el buen vivir, 2008, Quito* (in <http://alainet.org/publica/rrnn/>).
- *Claudio Katz, Las disyuntivas de las izquierdas, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires,*
- *José Natanson, La Nueva Izquierda, Debate, Madrid, 2008.*
- *M. Saint-Upéry, El sueño de Bolívar: el desafío de las izquierdas sudamericanas, Paidós, Barcelona, 2008.*
- **Emir Sader (Dir.), Enciclopedia Contemporánea de América Latina y el Caribe, AKAL / CLACSO, Madrid, 2009**
- *Seoane, José (coord.), Movimientos sociales y conflictos en América Latina, CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Programa OSAL, Buenos Aires, 2003.*

⁴⁹ Entrevista con Chico Whitaker, *Contretemps*, Textuel, N° 10, Paris, 2004, p. 191

Algunos sitios Internet

- *Agencia de información Fray Tito para América Latina (ADITAL) : www.adital.com.br*
- *América Latina en Movimiento (ALAI - multilingüe) : <http://alainet.org>*
- *Difusión de información sobre América Latina (Dial / Alterinfo) : www.alterinfos.org*
- *Observatorio Social de América Latina (OSAL) : www.clacso.org.ar/difusion/secciones/osal*
- *Observatorio Político de América Latina y el Caribes (OPALC – Multilingüe) : www.opalc.org*
- *Portal de información sobre América Latina. Proyecto del Gran Instituto Teresa Lozano de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Texas. (Multilingüe): <http://lanic.utexas.edu>*
- *Rebelión, sitio de información alternativa: www.rebellion.org*
- *Red de información y de investigación sobre América Latina (REDIAL-multilingüe): www.reseau-amerique-latine.fr*